

## Tres relatos de la Huasteca veracruzana acerca de enfermedades sobrenaturales

De una larga entrevista realizada en agosto del 2001 extraje los tres relatos que aquí presento. Común denominador en estos relatos es la creencia de que ciertas enfermedades son causadas por espíritus o fuerzas malignas, ya sea porque el demonio se introduce en el organismo humano, ya mediante un hechizo arrojado sobre la víctima por sujetos que ejercen la magia negra, o bien por haber estado en contacto con algún objeto portador de un mal.

Atribuir el desequilibrio de la salud física o mental a seres e influjos sobrenaturales es una concepción muy antigua. La historia de la cultura occidental registra numerosos casos de personas poseídas por el demonio, de pestes causadas por los pecados cometidos por los hombres, de sujetos “espantados”, flacos y héticos, a quienes se les habían aparecido las ánimas del Purgatorio, causadoras de sus dolencias.

Esas creencias vinieron al Nuevo Mundo con la conquista española, y a ellas se sumaron las indígenas. En la época prehispánica la enfermedad se concebía como la acción cometida por alguna divinidad. Para tratarla había distintos especialistas: el *tetlacuicuiliani*, que succionaba con la boca el daño del cuerpo del enfermo; el *tetonalmacano*, que restauraba el *tonalli*, es decir, el alma, a quienes la habían perdido. Famosos fueron los médicos huastecos —a quienes los aztecas tenían como grandes hechiceros—, en especial, los naguales, magos que tenían la capacidad de transformarse en animales.

De ambas tradiciones, española e indígena, encontramos rastros en los siguientes relatos. Las historias contadas sucedieron en Tepetzintla, pequeño pueblo de la Huasteca veracruzana y lugar de nacimiento de la entrevistada, María Isabel Morales de la Cruz, una mujer de cincuenta años, poseedora de un “tendajón” al lado de la carretera.

Como el lector observará, los relatos se transcribieron lo más fielmente posible, incluyendo los cambios que la narradora hace entre el

singular y el plural, el masculino y el femenino, el pasado y el presente. Espero que mis intervenciones en el primer texto no estorben demasiado la historia contada.

Al transcribir los textos, caí en la cuenta de que no había percibido las incoherencias gramaticales cuando hacía la entrevista. Y es que el tono de voz, los ademanes, las expresiones faciales, la risa de la entrevistada, ayudaron a atraer mi atención hacia la acción contada.

Lo mismo puede decirse del contexto: una mañana nublada, cuando, en compañía de una amiga, entré en el tendajón buscando unos cigarros. Por la lluvia, el camión repartidor no había llegado. A cambio de los cigarros, pasamos algunas horas conversando con una mujer ávida de contar historias, sucesos en los que tomó parte, alimento de su cotidianidad.

ARACELI CAMPOS MORENO  
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

### [1. El muchacho que le cantaba *La malagueña* al Diablo]

El muchacho se llama Eduardo, ¿verdad? Empezó, el muchacho, en la noche, con un este..., temblaba, ya decía que veía el Malo, que lo veía el Malo y lo veía, y ya no dormía. Empezaba a las diez de la noche, empezaba con esos retorcioneros y le pegaba a la pared, le pegaba a todo; se peliaba con el diablo, se peliaba. Entonces a mí, los dos días que empezó, no me hablaron, no me hablaron. Ya hasta que ya por último se desesperaron ellos <sup>1</sup> y me empezaron a hablar. Ya me llamaron, que vaya a acompañarlos, y ya iba.

No pues hacía muy feo, yo me espanté de momento, pues le hacía, se retorregaba en la cama, peliaba en la cama, la movía, ¿verdad? Era un joven de veinti..., de veinte años.

Entonces ya mi esposo también iba. Empezábamos a orar y a [...], orábamos por él, ¿verdad? Y le echábamos agua bendita, le poníamos el

---

<sup>1</sup> Los familiares del muchacho endemoniado.

crucifijo y él lo agarraba y lo aventaba, bueno, una cosa horrible. Y ya se empezaba a juntar mucha gente. Y decía:

—Allí está, allí está.

—¿Y dónde?

Nosotros no veíamos nada.

—No, pues ya se salió.

Y oíamos ruido arriba de la casa de la señora,<sup>2</sup> se oía la lámina cómo sonaba.

Entonces iba la gente, le echaba agua bendita y todo. Vino el sacerdote, vinieron muchos grupos para orar, de Renovación, de otros grupos, venían a orar.<sup>3</sup> Y no, el muchacho, no. Cuando terminaba él —ya para eso eran la una, las dos de la mañana—, terminaba el muchacho bien cansado, moretiado de golpes que se daba, o se agarraba, según.

Y así pasó, y otra noche otra vez igual e igual, y entre más, más. Entonces decían:

—No, pus hágale de esto.

Entons hay mujeres que aquí trabajan por ejemplo, el, este, le dicen *malintonería*.<sup>4</sup>

—No, pus que hágale de la tierra, que hágale de esto.

La señora<sup>5</sup> que venía decía que estaba embrujado, o que li habían puesto, que li habían dado de tomar, ¿verdad? Y hacían trabajos grandes; aquí, en la tierra, ofrendaban zacahuil,<sup>6</sup> grandotes, y bueno, de todo lo que había en el pueblo que se come, todo esto ofrendaban para que se le quitara el mal al muchacho. Pos no, pasaba otro, y lo mismo y lo mismo. Venían padres, y nada, y pues muchas [personas] venían pero se agotaban.

<sup>2</sup> La madre del muchacho.

<sup>3</sup> Es posible que sean sectas de origen estadounidense.

<sup>4</sup> Según se deduce del relato de la informante, la malintonería es un tipo de magia negra, o al menos, una práctica mágica tradicional, ejercida en secreto, en este caso, empleada para “curar” el daño causado por el demonio. Es posible que el rito de ofrendar comida a la tierra tenga reminiscencias prehispánicas.

<sup>5</sup> Es decir, la curandera.

<sup>6</sup> El zacahuil es un tamal grande, envuelto en hojas de plátano, típico de la Huasteca. Se cuece en hornos durante doce horas, aproximadamente.

Mi esposo, pos él, realmente, ¿verdad?, este, de tanto desvelo, se debilitó, le dio también, o sea, le entró entonces como miedo y después ya no fue. Pero nosotros sí, seguimos yendo, seguimos yendo.

El muchacho duró tres meses así, hasta que no lo llevaron a un lugar donde está un sacerdote que según está preparado para eliminar esas cosas.<sup>7</sup> Y ahí lo llevaron como tres, cuatro veces. Y así fue como le fue retirando [el mal] al muchacho.

Pero el muchacho así duró noche tras noche. Ya esperando la gente que ya va estar esto así. Y pues hora sí, sus hermanos se desmoralizaron porque el muchacho no, pos, no podía. Con decirle que si habían ocho o diez para agarrarlo, ahí en la casa, y no podíamos con él. Otros orando, otros, este, echándole agua bendita p'acá, poniéndole el agua bendita, poniéndole el crucifijo. Y agarraba los escapularios y mira [simula que rompe los escapularios colgados al cuello], los reventaba. Agarraba los rosarios, igual los reventaba. Era una cosa de veras que, al menos yo no lo había visto eso, nos tocó porque somos vecinos.

Pero sí mucha gente, hasta con decirle que el pastor vino, y ellos hablan del diablo. Empezaron que el diablo, que “¡Salte!”, y quién sabe qué tanto le hablaban, y el muchacho igual, igual, igual. Y hasta que lo llevaron allá y allí se compuso.

[¿Y qué le rezaban?]

Pus les rezaban a la Virgen de Guadalupe, que alejara pos los Malos, ¿verdad?, que están ahí, y pues a nuestro Señor Jesucristo también le rezaban, ¿verdad? [...] No más le decían [extiende las manos hacia arriba]:

---

<sup>7</sup> Según me explicó el esposo de Isabel, en Puente de Tula, a ocho horas de Tepetzintla, hay un sacerdote dedicado a exorcizar a los endemoniados. Al parecer, en la región no son extraños los casos de personas poseídas por el demonio. En otra parte de la entrevista, la señora Isabel me contó que recientemente tres muchachos, entre ellos una mujer, habían sido llevados por sus familiares para ser exorcizados; exorcismos que, por cierto, el prelado hace en público.

Señor,  
 ilumínanos que estamos en esto,  
 fija a tu hijo, es tu hijo,  
 ilumínalo, quítale estos males que tiene,  
 protéjelo, Señor,  
 tú que lo puedes todo,  
 tú que pus curastes a enválidos, a tullidos, a todos.

Todo eso le hablábamos, le decíamos a nuestro Señor para que se alejara el Malo, ¿verdad? A la Virgen, a otros santos, no más a esos, a varios, a todos los santos nos encomendábamos, pos ya no sabíamos qué, ¿verdad? Unos rezaban de una manera, otros de otro, ¿verdad?, pidiendo, ¿verdad?

[Y usted, ¿qué le rezaba?]

[...] Simplemente le puedo decir, ¿verdad?, lo que a mí me nace, pos lo que yo pueda: “Señor mío, escucha mi voz”. Porque yo tengo un abuelo que, ya fallecido, que él, este, hora sí curaba, pero a base de maicito, a base de piedra, ¿verdad?<sup>8</sup> Entonces yo me guiaba con él, ¿verdad?, y le hablaba a mi abuelo, diciéndole:

—Pues tú que ya estás del otro lado, ilumínalo, dame tu sabiduría, dame (o sea, la que él tuvo), y dámela a mí para que este joven, ¿verdad?, se levante, que le quite lo malo.

Y ya empezaba yo con nuestro Señor Jesucristo, a la Virgen de Guadalupe:

Virgen de Guadalupe,  
 reina de México,  
 salva a este joven,  
 ilumínalo,  
 protéjelo,

---

<sup>8</sup> En otra parte de la entrevista, Isabel me contó que su abuelo tenía el don de adivinar. Era muy solicitado por los rancheros cuando un animal no aparecía. Adivinaba haciendo la suerte del maíz, y con el alumbre, el cual, después de derretirlo, examinaba en busca de una señal que le diera la respuesta buscada.

ponle tu manto;  
yo sé que es milagrosa.

[¿Porqué se le metió el diablo?]

Ah, porque dicen, en “bolita” de jóvenes se van al pantión a jugar el, este, ¿cómo le llaman? [Dirigiéndose a su esposo:] ¿Cómo le llaman al ese que juegan al pantión? El ese, el ese, la tablita... ¡la güija!, exactamente eso. Dicen que van y que empiezan a hablar allá con los muertos los muchachos. Y le fue este muchacho, en la noche, toda la noche, vaya, toda la noche, agarraba guitarra y a cantarle, a cantarle *La malagueña*.

Entonces, cuando este se metía eso, él le cantaba *La malagueña*, ¿eh?, le cantaba *La malagueña* al Malo. Sí, sí, y así hacía a su mano [ademán de tocar la guitarra]. Yo digo porque lo vi. Está acostado y asííí los dientes, le hacía así, mira: así le hacía los dientes, feo le hacía los dientes, los retorció estos de aquí, y los ojos los pelaba feo, y la mano le hacía así, pero con aquello que de veras le estaba llevando la guitarra. Y le cantaba *La malagueña*.

[...] Ese fue la historia de este muchacho.

## [2. La abuelita hechizada y el nagual]

Este fue un caso cuando yo tenía, aproximadamente, como doce años. Este, antes sí existían, según, los brujos, ¿verdad?, existían los brujos. Entons yo vivía allá con mi mamá, vivíamos todos juntos, éramos cuatro mujeres y un varón. Entonces teníamos una imagen de la Virgen de Guadalupe, así en una mesa, grandota. Resulta que, pues resulta que primero, o sea, vivíamos todos juntos con mi abuela. Mi abuela era una persona pos de las antiguas, pues. Ella vendía pan, vendía comida, pero le tenían mucho coraje porque ella trabajaba mucho, le tenían coraje los vecinos. Y antes sí existía la brujería y existía que mismos las personas se volvían animales.<sup>9</sup>

---

<sup>9</sup> Se refiere al nagualismo, la capacidad de algunos individuos de transformarse en animal. Dice Gonzalo Aguirre Beltrán, en su libro *Medicina y magia*,

Entonces, mi abuela una vez buscó un curandero, de no sé de qué rancho, que la venía a curar. Y esa noche, yo me acuerdo que el señor llegó. Eran como las ocho de la noche; que ya la van a curar. [La abuela] nos hizo que nos durmiéramos todos. Pero nosotros, chamacos; tenía una cortina larga, así bajito. Ya mi abuela se metió p'allá y el señor. Mi mamá, dice:

—Hija, dice, quién sabe qué le van [...] a tu abuelita, la vienen a curar.

—Pos quién sabe.

Ya pidió todo, sahumero, todo, todo pidió y un montón de yerbas. Pos no lo va de creer, no había luz, con puras velas, y yo me asomaba por ahí. Hicieron que se encuerara mi abuelita, no más con el puro fondo. Ya empezó el hombre ese a trabajar y a trabajar. Pos lo chupaba p'acá, lo chupaba p'allá y la zarandeaba así, feo lo hacía. Y que “¡Salte!”, y quién sabe qué tanto le decía. Pos ya mi abuelita... Pues dice mi mamá:

—Ella dice que así le van a curar.

A otro día, el señor, amaneció, y ya no estaba, ya se fue.

Pos otro día mi abuelita todo estaba verde por acá, todo morado, feo, horrible. Y allí empezó, mal y mal y mal, pues ya, este, ¿y hora?

—No, pues ya estoy enferma y enferma.

Y cayó enferma mi abuelita.

A otro día (como nosotras hacíamos pan), llegó un pollo, así venía. Y dice mi abuela:

—Agarra ese pollo, mira, quién sabe de quién es.

Pos yo lo agarré, lo agarré el pollo, no pesaba nada, nada, nada, nada, ni las plumas o las patas que llevaba no pesaban nada. Y le digo:

—¡Abuela!

No, le digo:

—¡Mamá!, ese pollo no pesa nada.

Y que empiece con sus majaderías, porque mi abuela era grosera.

—¿Quién jijo de su chingada madre trajo eso? ¿Quién, quién lo mandó? Horita va a ver, dice, agárralo.

---

que mucho antes de la conquista española los huastecos fueron famosos por sus conocimientos mágicos. Uno de sus dioses fue Nahuapilli, palabra que se traduce como mago en jefe, principal hechicero, gran 'nagual'.

Y yo, como pos no era para mí, era para ella, porque era ella era la..., ¿verdad?, lo agarró, mire, y lo avienta a la boca del horno, estaba prendido el horno. No más le hizo ¡chiiiiiii!, hizo, y se acabó. Nada, ni huesos ni nada, ni pestilencia de pollo, ya ve que cuando quema uno pollo, pues afea. Pues ese no. No más ¡chiiiiiii!, y ya, se acabó.

Y empezó mi abuela con sus majaderías:

—Y quién sabe quién me mandó.

Y quién sabe qué. Y ella mal, enferma y enferma y enferma. A otro día que llega una señora, que según, vendiendo ropa, ropa, este, usada. Se sentó la abuelita ahí y ya [la señora] sacó los suéteres. Me compró uno mi abuela, uno [a] mi otra hermana. Y la abuela ya no se quiso ir de ahí. Ahí se sentó y se sentó y ya no se fue. Entons le digo a mi abuela:

—¿Entons no se va ir?

—No, no me voy, aquí me voy a quedar, me voy a dormir.

Y mi abuela, como tenía costumbre de meterse un machete, un palo, debajo de su cama. Pos no lo vimos ni cómo salió la señora. A otro día amaneció, ya ni rastro.

Todos esos iban pagados, iban pagados por otras personas para que le hicieran a mi abuela. Ya, este, ya cuestión de que ya se hizo todo eso. Bueno, ya mi abuela se la llevaron pa México. Y se murió. Ya que nos dijeron:

—No, pues que le trabajaron duro.

Entonces nosotros, pasó el tiempo, y ya no vivimos ahí, nos fuimos a nuestra casa. Y hora, ya, como le decía yo, teníamos un altar y al altar iba todas las noches un gato. El gato se paraba de aquí [del piso] y brincaba al altar don 'taba la Virgen. Y ya le poníamos cuidado y le poníamos cuidado toda la noche. Ah, no todas las noches, eran nada más los viernes. Y los viernes empezó. Y entonces eran los viernes por semana.

Entonces tenía, tengo, una prima que su mamá también le dio el don de mi abuelo.

—No, dice, tía, ese gato es malo, no es bueno.

—¿Pero cómo sabes?

—Sí, hay que ponerle cuidado. Vas a ver qué días viene y qué días no.

—Ah, bueno.

Y ya nos acostábamos en el piso, todos ahí para ver. Y uh, ahí llegaba el gato y ¡zummm!, brincaba; se bajaba y ¡zummm!, se brincaba.

Bueno, entonces nos propusimos agarrar el gato. Y entonces dice mi sobrina, digo mi prima:

—Lo vamos a agarrar y le vamos a pagar dándole a tragar monedas.

—Eso ¿pá qué?

—Pues pa pagarle, si eso es un brujo.

Bueno, nos aprehenimos; unos con lazo, otros con alambre y todo. Pos no lo ha de creer: lo encerramos. ¿Y cómo entraba el gato?, a ver dígame. Todas las puertas cerradas. ¿Por dónde entraba el gato? Quién sabe. Nada más veíamos, ya está allá.

Pues entre todos lo agarramos el gato, lo agarramos y le enredamos aquí, mire [señala el cuello], alambre. Pero de antes de eso, mi prima le dio la moneda a tragar. Pues ya lo fuimos a amarrar en un árbol que teníamos de mora. Pues ya le ha de creer, lo agarramos, lo fuimos a amarrar.

Y otro día no estaba el gato. Cuando oímos, duro y duro la campana.

—No, pos hay muerto.

—¿Y quién se murió?

—Pus *Fulano*, el brujo, que no más en su cama amaneció.

Pos el gato que matamos era ese, era ese, ¿eh?

—No más, dice, que estaba durmiendo y estaba ahorcado.

Y nosotros... [se lleva el dedo a la boca], ¿eh?, no más mi mamá... Quiere decir decir que sí era el brujo que venía.

[¿No les dio miedo matar al brujo?]

[Sonríe.] No, pus no, uno menos. Sí, así pasó.

### [3. Extraña enfermedad]

Un hijo mío, que se acaba de ir, ayer se fue, estaba chiquito y se me enfermó, mero mes de diciembre. Y había una señora por aquí arribita que empezaba a curar. Entonces mi hijo se enfermó, se enfermó, nada más se dormía y se dormía.

—¿Y qué tiene?

—No, pus no tiene ni hambre ni nada.

Ya se enflacó, se enflacó. Me dicen:

—Está embrujado, llévalo.

—¿Y con quién?

—No, pues, ahí *Fulana*; pero mira que es buena.

(Mi señor es de las personas que no cree.)

Ya me lo llevé. Llegando, la señora ya tenía su altar, así, las imágenes, tenía una bola así de un frasco con agua. Entonces, ya agarró un vaso con agua y agarró el huevo y lo empezó a barrer a m'hijo,<sup>10</sup> lo barrió y lo barrió con unas ramas llamado, este..., yerbanegra. Ya lo empezó a barrer, ya partió el huevo en el vaso de agua y agarró una vela y lo<sup>11</sup> pone por donde está la bola de agua grandota. No, ella me dijo:

—Noo, pues si no le hacen un trabajo a tu hijo, lo van a entregar, porque tu hijo trae don.

—¿Cómo?

—No, pus sí. Pus tu abuelito, dice, tiene don, como dicen trabaja eso.

—Ah, le digo, pero mi abuelito no trabaja la esa malintonería, él trabaja el maicito, l'alumbre y lo demás: paladea, soba, ve partos.

—No, no, dice, su hijo lo van a entregar. Y si no le hace su trabajo ahorita, para este fin de este [mes], tu hijo no lo vas a ver, se va a morir. Mira, aquí está: cuatro velas tiene prendido, ¿no lo ves?

Yo no veía nada. ¿Sabe yo lo que veía? Era la lumbre de la vela, lo transmitía en la bola del agua. Pos claro, lo veía acá en el vaso del huevo. Y, claro, lo barrió m'hijo con el huevo. Y la clara del huevo se hizo como agua, al echarlo al vaso sube la clara, sube y queda la yema abajo. Dice:

—Mira, dice, cómo lo tienes, se te va a morir.

---

<sup>10</sup> *Barrer* es quitar la enfermedad; esta se "barre" del cuerpo del enfermo con ramas o yerbas. Es una práctica común entre los curanderos. También suelen utilizar un huevo bajo la creencia de que, pasándolo sobre el paciente, succiona la enfermedad, o bien, examinándolo, sirve para diagnosticar el causante del daño.

<sup>11</sup> Se refiere a la vela.

Pues ya me espantó.

—¿Y yo de dónde voy a agarrar dinero, si yo no tenía nada de eso?

Pus dice:

—Y ahorita te hago la lista de una vez, pa lo que vas a comprar.

Pues yo ya me quedé pensado y pensando.

—Vas a traer una gallina que no haiga pecado, un gallo que no haiga pecado. Me vas a traer huevos, me vas a traer velas, veladoras, huevo de mestizo, [rectifica] pan mestizo, dulces, chicles, todo lo que hay. Me vas a traer tabaco, aguardiente, chile color, todo, bueno, todo, todo lo que hay.

—Ah, bueno.

Pus me hizo una lista así, mire [señala el largo de la lista con las manos].

Ya vengo triste, yo.

—¿Y cuándo vienes?, me dijo.

—¿Y cuánto me va a cobrar?

En aquel entonces, cincuenta pesos.

—¡Cincuenta pesos!

Mucho dinero, mucho dinero, pus mi hijo ya ahorita tiene veintiocho años. Mucho dinero.

—Y si no haces el trabajo, se te va a morir.

Ahi vengo con mi esposo.

—¿Qué te dijeron?

—No, pus tengo que llevar todo esta lista, porque si no, que se va a morir m'hijo, y que ya lo van a entregar, porque mi abuelo, como trabaja eso, lo van a entregar.

Es que cada año tiene que estar entregando. Una persona que trabaja tiene que entregar.<sup>12</sup> Pero esas personas [que] entregan, por ejemplo, [son] las que trabajan la magia negra.

Entonces mi esposo ya se fue a hablar con su patrón, un señor que le ayudaba.

—Mira, compadre, no te preocupes, tu chamaco no está enfermo, usted no ande creyendo esas cosas.

---

<sup>12</sup> Se entiende que los practicantes de la magia deben entregar una ofrenda.

—No, pus yo no, dice, pero tu comadre sí, que está triste porque el niño se va a morir.

—Tráimelo. Y vaya al monte a cortar hoja, de varias hojas, y lo vamos a barrer.

¡Uuta!, lo empezamos a barrer al chamaco, mire. Y sí, la hoja estaba negra, pues, quedaba negra, pero pus yo no sé si porque de tanto azote o porque de veras tenía algo malo [se ríe]. Lo empezamos a barrer, a barrer, y lo empezamos a sacar, a sacar.

Empezamos a hacer siete buches de agua, rociándolo p'acá, p'acá [con la mano señala hacia la derecha y la izquierda]. Poníamos el chamaco en medio y le rociábamos.<sup>13</sup> Le aventábamos las ramas, que se lo llevara;<sup>14</sup> p'acá igual, p'allá también,<sup>15</sup> por si lo 'bía agarrado las cruces por el camino, ¿verdad? Porque antes aquí la gente era muy cochina, o sea, agarraban ramas, se rameaban y las tiraban en el camino. Y así pasa un débil, uno que es débile [sic], y si la acaban de tirar, y usted lo encuentra y es débil, lo agarra y al rato se siente también así, hasta que no se dé una barrida.

Y así pasó, lo barrimos, lo barrimos, y santo remedio. No le di ni esa cantidad [a la curandera] ni compré nada. Se compuso m'hijo.

---

<sup>13</sup> Al rociar al niño, lo limpiaron del daño que lo aquejaba.

<sup>14</sup> Para que las ramas se llevaran la enfermedad.

<sup>15</sup> Isabel señaló los cuatro puntos cardinales, donde, se supone, depositaron la enfermedad. Es muy probable que este rito tenga relación con las creencias cosmológicas prehispánicas, según las cuales, en cada punto cardinal vivía un dios.